densados en la actitud recalcitrante de Jonás, el autor enseñaría el universalismo de la bondad de Dios en un tono que sitúa a nuestro pequeño libro en la cúspide del A. T. y que sólo será superado por el universalismo del Evangelio y de San Pablo.

Interesante, por fin, es el último capítulo en el que el P. Alonso recoge una serie de datos sobre *El libro de Jonás en la historia:* su inclusión en el canon; su reflejo en la literatura rabínica; su presencia en el Evangelio (el signo de Jonás y las parábolas del Hijo Pródigo y de los obreros de la viña); su representación en el arte; los disgustos de San Jerónimo por haber cambiado en su traducción «cucurbita» por «hedera»; uso del libro de Jonás en la predicación, en los escritos ascéticos y hasta en el teatro (en la obra espúrea de Lope de Vega *El inobediente* o *La Ciudad sin Dios*)...

Un libro, en suma, sugestivo, documentado y apto para suscitar en el hombre de hoy el aprecio y estima hacia los temas bíblicos. «El libro de Jonás —concluye el P. Alonso en su epílogo— sigue conteniendo un mensaje para el hombre moderno. Ningún pecador mientras permanece en esta vida, por apartado que aparezca de Dios, está en realidad fuera de la órbita de los cuidados divinos. Dios tiene siempre para él abiertas las puertas de su misericordia, si arrepentido viene a ellas. La parábola de Jonás es de un valor tan permanente y actual bajo este aspecto como la parábola del Hijo Pródigo.

Bajo otro aspecto, la parábola de Jonás trae para el hombre moderno, que tiende a cerrarse en estrechos nacionalismos, un mensaje recordando que las fronteras nacionales son puramente artificiales para el quehacer provisional de la existencia terrena; pero que, en realidad, todas las naciones se hermanan bajo la misma providencia del único Padre: Dios» (pág. 193).

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

JOHANS WIESHEU: *Personajes bíblicos*. Barcelona. Edit. Litúrgica Española, 1962. 125 × 190 cm., VIII + 489 págs.

Recorre la Biblia a través de los principales personajes que la han vivido. Por ser históricos, están cargados de vida; encarnan en sí las diversas situaciones y etapas por las que ha pasado la revelación bíblica; son personajes de ambos sexos, pertenecientes a todas las edades de la vida, a través de los cuales se va esclareciendo la obra salvífica de Dios.

Un estudio de estas figuras bíblicas tiene un alto valor humanístico y religioso, porque en ellos está descrita toda la humanidad, y en ellos se nos va manifestando Dios de diversas maneras.

Agrupa a estos personajes, según el orden cronológico general de las grandes etapas históricas de Israel.

Para comprobar y completar algunos datos de su exposición, añade al margen lateral de cada página las citas bíblicas correspondientes.

El autor intenta principalmente buscar los motivos espirituales y peculiaridades caracterológicas de cada personaje, según los ha visto la Biblia. Es una postura ideal. Sin embargo, creo que al ir espigando los principales datos que ofrece el

texto bíblico, realiza sólo hábiles síntesis de perífrasis del mismo, escapándosele las ideas más profundas que dominan su formulación. No distingue lo que es meramente histórico, de lo que es una ulterior interpretación de esa historia. Desconoce diversos problemas literarios, especialmente del A. T., que pueden condicionar sustancialmente la problemática de los personajes, como por ejemplo: diversidad y mezcla de documentos, época de composición, ideología y medio ambiente, metáforas, números... Una excusa puede ser lo ambicioso de su propósito, pues recorre nada menos que 93 personajes, y siete grupos colectivos (por ejemplo, parientes (de Jesús), mujeres, hombres, etc.).

El autor tiene claras intenciones moralizadoras en la descripción de los personajes. Vamos a citar sólo cuatro ejemplos:

1) «¿No se erigió en Rusia un monumento, y se dedicó precisamente a Caín, como primer iniciador de la cultura?» (pág. 13).

2) A propósto de la torre de Babel, dice: «Comenzó con la aspiración de los hombres —en contra de la voluntad de Dios, que quería su expansión sobre la tierra— de permanecer juntos y así robustecer su poderío: la forma más antigua de colectivismo que tanto nos agrada hoy a nosotros los modernos» (pág. 18).

3) A propósito de la Anunciación, dice: «... ella misma (María) había de ser la madre del Salvador, y precisamente por su virginidad» (pág. 384).

4) A propósto de que María fuese a las bodas de Caná, dice de los motivos que ella tuvo para asistir: «Fue porque podía ser útil, no porque buscase diversión y esparcimiento» (pág. 388).

Como la Biblia no nos ofrece, ni es ese su interés, una documentación completa sobre los diversos personajes, el autor es consciente de que sus narraciones no pueden ser «biografías» en sentido estricto. Serán más bien «semblanzas».

ENRIQUE PASCUAL

GEORGE T. MONTAGUE, S. M.: *Growth in Christ. A study in Saint Paul's Theology of Progress.* Imprimerie St.-Paul. Avenue de Pérolles, 40. Fribourg, 1961. 165 × 240 mm., XVI + 285 págs.

El marianista P. Montague nos ofrece en su obra *Growth in Christ* la tesis doctoral presentada el 9 de junio de 1960 en la Facultad Teológica de la Universidad de Friburgo (Suiza). El trabajo había sido dirigido por el P. Spicq, O P., y la marca de los métodos de Teología Bíblica usados por el maestro aparece visible en el discípulo. Como indica el subtítulo, se trata de un estudio de Teología Paulina sobre el progreso espiritual. No se estudia la perfección —tan estrechamente relacionada con la idea de progreso—, sino el progreso mismo, el proceso de su consecución, y no el término, que es propiamente la perfección. Tampoco se estudia la doctrina ascética en la Teología Paulina —noción también emparentada con la perfección—, por la sencilla razón de que la Ascética no indica más que el aspecto negativo del proceso perfectivo cristiano. El campo de la investigación se restringe a San Pablo, prescindiendo de la Epístola a los Hebreos. No hay duda de que un estudio del concepto bíblico de progreso espiritual tiene suma actualidad en el campo de la Teología Moral y de la Teología Espiritual.